

gría y cauterizaban la herida con yesca, siguiendo después la marcha al mismo ritmo que sus compañeros. Por último, refiere Lejeune, que su máxima ante el enemigo numéricamente superior era ¡Son muchos, salvárvnos! ¡Son poca gente, acometemos!

Contentos los Numantinos del éxito logrado con la captura del edecán del alto jefe de Estado Mayor de Napoleón y de la victoria obtenida sobre la escolta del correo destrozada en Métrida, marchaban alegres con los numerosos prisioneros cogidos en ambos encuentros, pero lo hacían rápidamente para distanciarse de la columna móvil del comandante Soubiran enviada en su persecución por el rey José, en igual forma que el general Hugo perseguía inútilmente al Empecinado por tierras de Guadalajara.

Cuando llegaron a orillas del Alberche se encontraron con que la barca que servía para atravesar el río estaba deshecha; el Alberche baja con gran caudal, los pasos vadeables les eran desconocidos y la columna Soubiran iba a sus alcances. El peligro crecía conforme pasaba el tiempo y la solución no se hallaba. Una vez más el ingenio de Palarea salvó a sus húsares encontrando un medio para salvar el obstáculo. Había visto pacientemente un hato de bueyes en las proximidades del río en medio de una pradera. Envío a unos pocos de sus jinetes para que con sus lanzas pincharan y obligaran a los toros a atravesar el río al no encontrar otra salida del círculo amenazador formado a su alrededor. Obligados los bueyes se lanzaron al agua y en el mismo momento que todo el hato se hallaba en el río, los guerrilleros, apercibidos, se lanzaron unos veinte pasos más abajo, con lo que la impetuosidad del crecido Alberche no les alcanzaba al ser detenida por los toros que bramando nadaban contra la corriente en busca de la otra orilla. Así pudieron pasar húsares y prisioneros sin que la corriente llegara a arrastrar a ninguno. En la otra orilla pudieron descansar tranquilos y sin temor de ser alcanzados por la columna perseguidora.

Al caer la noche de este mismo día llegaron a Villa del Prado, en las estribaciones del Sistema Central, donde tranquilamente hicieron alto, disponiéndose a pasar la noche y repartir el botín tomado en los días anteriores. Los documentos, leídos personalmente por Palarea, le hicieron comprender la importancia que tenían y el valor que representaba su conocimiento para los jefes aliados, enviándolos inmediatamente al cuartel general. Hace notar Lejeune la cautela y discreción del jefe guerrillero, pues conociendo bastante bien el idioma francés aparentaba ig-

